

Con los ojos del cielo:

¿Es posible encontrar paz hablando sobre nuestros problemas?

Por Jim Wilder y Ed Khouri

Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón.

- Mateo 6:21 (NBLA)

Las experiencias de vida y los vínculos nos forman como personas. Por lo tanto, es importante que los que siguen a Jesús sepan cómo abordarlos. Ya que si no cuidamos nuestros pensamientos sobre las circunstancias y las interacciones que tenemos con los demás, es posible que se distorsione nuestro sentido de identidad y nuestras necesidades. Aquellos que estén interesados en recibir una transformación espiritual deben hacerse las siguientes tres preguntas:

- 1) ¿Es necesario hablar sobre los problemas y el dolor para encontrar la paz?
- 2) ¿Preferimos vivir con los ojos de la Tierra o con los ojos del cielo?
- 3) ¿Formamos parte de una comunidad de grupos pequeños que nos ayude a alejarnos de nuestros puntos de vista distorsionados y nos acerque a la perspectiva celestial de Dios cuando las cosas se ponen difíciles?

¿Debemos hablar sobre nuestros problemas para cambiar y encontrar nuestra identidad?

Desafortunadamente, muchas de las personas que organizan, lideran y participan en grupos pequeños han aprendido a vivir dentro de sus propios pensamientos distorsionados. Pasamos gran parte de nuestro tiempo en grupos pequeños interactuando con una idea errónea de quiénes son los demás, tratando de *compartir y hablar sobre nuestros problemas para encontrar la "paz"*. Cuando los grupos se diseñan en torno a este tipo de conversaciones, nos vemos a nosotros mismos y a los demás miembros del grupo de forma inexacta a través de los ojos de la Tierra. Más allá de los grupos pequeños, estas distorsiones también rigen la forma en que vemos e interactuamos con los demás, y crean una falsa impresión de lo que necesitamos. De esta

forma, cuando nos exhortamos y aconsejamos entre nosotros para encontrar la “paz”, lo hacemos como si las ideas y las imágenes falsas que tenemos de nosotros y los demás fueran auténticas.

Lo cierto es que este tipo de interacciones ponen de manifiesto que hemos perdido, o que quizás nunca hayamos tenido, un verdadero entendimiento de quiénes somos y qué necesitamos, sin mencionar la identidad y las necesidades de los demás. Solo cuando comprendamos el diseño de Dios para nuestras vidas, nuestros vínculos y nuestra identidad podremos entender la gran oportunidad que representan estos grupos pequeños para formar parte de la gran transformación de Dios. ¿Y cuál es Su objetivo? El objetivo es que adoptemos la nueva identidad que recibimos en Cristo hasta el día en que nos encontremos con Él cara a cara.

La dinámica de los grupos pequeños refleja lo que más valoramos

Las reuniones y las interacciones centradas en Cristo demuestran cómo nos vemos a nosotros mismos y a los demás en lo que respecta a nuestra relación con Dios. Nuestras conversaciones y actitudes son un reflejo de nuestros corazones, nuestros principios y lo que más atesoramos. ¿Nuestra perspectiva está basada en una visión terrenal o celestial? ¿Está basada en el miedo o en la gracia? La Biblia dice lo siguiente: “El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo que es bueno; y el hombre malo, del mal tesoro saca lo que es malo; porque de la abundancia del corazón habla su boca” (Lucas 6:45 NBLA). Las conversaciones que mantenemos y nuestras actitudes reflejan nuestro corazón y lo que más atesoramos. Es decir, queda expuesta nuestra piedra angular.

- Pero, ¿nos dejamos llevar por la ausencia de gracia, paz y la presencia de Dios? ...o...
- ¿nos dejamos consumir por la abundancia de la gracia de Dios, la paz y Su búsqueda constante?

Miedo como piedra angular

Dios diseñó nuestro Espíritu y nuestro cerebro para responder a la gracia. ¡Nos creó con la necesidad de vernos con esos ojos! Desde que nacemos, buscamos a alguien que sea un espejo y nos recuerde nuestro valor como personas “especiales y queridas”. La pregunta es: ¿alguna vez lo encontraremos?

Desafortunadamente, muchos de nosotros crecemos en hogares en los que hay poca o casi nada de gracia. No tratamos a nadie con gracia, y menos a nosotros mismos. Esto se debe a que nunca hemos experimentado la gracia que transforma la forma en que nos vemos a nosotros mismos y a los demás, por lo que es un misterio para nosotros. Nuestra necesidad de vernos a nosotros mismos y a los demás a través de los ojos de Dios sigue insatisfecha. Esta falta de gracia tiene dos consecuencias graves.

En primer lugar, frente a la ausencia de la gracia, el miedo es el sistema espiritual y neurológico por defecto. Y en cuanto al plano espiritual, Hebreos 2:15 nos enseña que la “esclavitud al temor” es el estado natural de todos los humanos cuando vivimos lejos de Dios. Nacemos con miedo, y es el motor principal de nuestros comportamientos hasta que lo perdemos cuando conocemos a Cristo. Juan nos dice que “Dios es amor” y que “el perfecto amor echa fuera el temor” (1 Juan 4:14-18 NBLA). Y solo cuando nos relacionamos con Dios y experimentamos Su amor de forma recíproca podemos eliminar la piedra angular innata del miedo. De la misma manera, si conservamos relaciones llenas de gracia con personas que practican el amor maduro de Dios, esto puede reemplazar el miedo como motor principal.

En segundo lugar, la ausencia de gracia real nos hace buscar alternativas. Es decir, si no somos especiales y queridos por el simple hecho de existir, ¿qué nos puede hacer sentir que lo somos? ¿Qué podemos hacer? ¿Con quién podemos relacionarnos para sentirnos valiosos? ¿Cómo conseguimos que los demás nos traten como especiales y queridos?

En la compleja búsqueda de reemplazos de la gracia, existen cuatro fuentes primarias de gracia artificial. Y en el mejor de los casos nos hacen sentir especiales y queridos solo por un rato. Las llamamos las 4 B letales, y son las siguientes:

- buscar complacer a los demás;
- buscar ser más productivo;
- buscar evitar el dolor (eludir sentimientos difíciles)
- buscar placer (hacer cosas que nos hagan sentir bien).

Sin la gracia, el motor principal de nuestras interacciones y comportamientos es la búsqueda impulsada por el miedo de estas 4 B. Estas motivaciones influyen en la forma en que

nos relacionamos, o no nos relacionamos, con Dios. También influyen mucho en cómo vemos e interactuamos con los demás. Muchas veces acechan en la oscuridad y se esconden muy por debajo de nuestro nivel de conciencia, pero rigen nuestra vida de forma casi imperceptible.

Si no tenemos gracia, no podemos ver a las personas con el corazón de Dios. Solo las vemos como mediadores que pueden ayudarnos a satisfacer las 4 B, o no. Por ejemplo, podemos hacer preguntas como las siguientes:

- ¿Qué tan importante es la aprobación de esta persona, y vale la pena ser más y más productivo para que me quiera?
- ¿Hasta qué punto debo esforzarme? ¿Qué pensarán de mí?
- ¿Es una persona que me provocará dolor o me ayudará a aliviarlo?
- ¿Qué tipo de cosas debo hacer y decir? ¿Cómo me comporto cuando estoy con ellos?
- ¿Qué pasa si decepciono a esta persona, y qué voy a sentir?

Para satisfacer nuestra necesidad de las 4 B, creamos un “avatar” que nos represente. El avatar es una imagen de cómo *quiero* que me vean los demás. No es real, es una identidad falsa. Muchas veces, esta imagen que proyecto se construye en torno a mis puntos fuertes para ocultar los puntos débiles y las partes de mí que podrían desagradarle a los demás. Construimos el avatar como respuesta al miedo y para maximizar la posibilidad de satisfacer las necesidades asociadas a las 4 B. Mi corazón, es decir, el que Jesús quiere conocer, está escondido en lo profundo.

Fallas de la terapia que busca *alcanzar la “paz” tras hablar sobre nuestros problemas*

El diseño de los grupos pequeños debe incluir las luchas contra el miedo, las 4 B y los avatares. Debemos cuidarnos de las tendencias a conformarnos con motivaciones y comportamientos falsos y basados en el miedo. Esta tendencia se multiplica cuando tomamos prestados conceptos de la terapia de grupo laica.

“Hablar sobre nuestros problemas” es una solución aceptada en casi todo el mundo (en la cultura occidental) para abordar los problemas que tenemos con los demás. Y esta práctica generalmente presenta ciertos objetivos, enumerados a continuación:

1. ayudar a los pacientes a expresar emociones intensas que luego el terapeuta o los miembros del grupo corroboran o celebran;
2. ayudar a “sincerarse” sobre experiencias de profundo dolor y vergüenza.

Para entender más sobre este tema, vamos a profundizar sobre las causas y los defectos de algunos enfoques específicos, y analizar si son eficaces a la hora de encontrar la paz y construir una comunidad espiritual de grupos pequeños.

Reuniones basadas en el miedo

En el mundo de los avatares, tendemos a juzgar a los demás por las apariencias. No estamos acostumbrados a ver a los demás con los ojos de la gracia, como lo hace Dios. Juzgamos a los demás por lo que percibimos a simple vista. Cuando nos juzgamos según nuestros problemas, nuestro dolor, nuestras disfunciones y los aspectos que más nos molestan del otro, nos volvemos ciegos a la gracia y nos guiamos por una identidad basada en el miedo. Cuando nos miramos en el espejo o vemos los reflejos de los demás no estamos mirándonos con el corazón de Dios.

¿Qué motivaciones hay detrás de los miedos y los avatares que hacen que nos comportemos de cierta manera? Buscar aprobación, buscar la productividad, minimizar el dolor o maximizar el placer. Aquellos cuyo motor principal es el miedo procurarán el mismo premio vacío. Es posible que incluso hayamos respondido a una llamada al altar y tenido una “experiencia de salvación”. Sin embargo, nuestra búsqueda estará basada en algo falso hasta que Dios elimine el miedo en nuestras vidas mediante experiencias compartidas con otros y con Él y llenas de Su gracia.

Los grupos cristianos pequeños que insisten en hablar sobre el dolor, los problemas, la angustia y los momentos difíciles para encontrar la “paz” crean el espacio perfecto para que puedan desarrollarse los avatares y las personalidades basadas en el miedo. La búsqueda común de las 4 B suele ser la motivación detrás de conversaciones, interacciones y comportamientos. En lugar de compartir la gracia y parecernos cada vez más a Él, creamos las condiciones ideales para perfeccionar y reforzar nuestros avatares. Y los avatares no reflejan quienes somos en verdad.

Es posible que la terapia secular en grupo haya tenido una influencia sutil en la cultura occidental y también en la iglesia. Pero a los ojos del cielo, esta terapia tiene defectos.

¿Por qué no tenemos paz cuando estamos heridos o disgustados?

Cuando lo que la gente dice de nosotros, o su forma de tratarnos, no coincide con lo que creemos que es nuestra identidad, nos sentimos heridos y disgustados. Sentimos como si nuestras motivaciones, nuestro comportamiento, nuestras intenciones, nuestras capacidades, nuestro estatus o nuestra imagen estuvieran de algún modo tergiversados. En resumen, cuando intentamos *hablar sobre nuestros problemas* buscamos restablecer la imagen de cómo queremos que se vea nuestra identidad a los ojos de los demás, aunque la mayoría de nosotros sabemos que esto no siempre es tan preciso. Queremos hacernos entender en nuestros propios términos.

Para las personas con una vida espiritual activa, como sería el caso de los cristianos, hay un nivel adicional de distorsión que superar. A veces vemos las cosas con los ojos de la Tierra y a veces con los ojos del cielo. Tenemos un viejo yo que está muriendo y un nuevo yo que aún no se distingue del todo. Sin embargo, la Biblia nos dice que no nos sigamos identificando según la carne, sino según el Espíritu. “*De manera que nosotros de ahora en adelante ya no conocemos a nadie según la carne. Aunque hemos conocido a Cristo según la carne, sin embargo, ahora ya no lo conocemos así*” (2 Corintios 5:16 NBLA).

Está claro que nuestra carne es la parte de nosotros que está disgustada e insiste en *hablar sobre nuestros problemas*. Analiza todo con los ojos de la Tierra y exige ser comprendido por los demás. Para la carne, “comprensión” significa que los demás se sientan angustiados al igual que nosotros por las personas y las situaciones que nos molestan. La carne exige que los demás estén

de acuerdo con nuestras perspectivas de los ojos de la Tierra, y refuerza nuestra confianza cuando las personas comparten nuestra perspectiva terrenal. De este modo, nuestras relaciones se basan en compartir la carne con aquellos que tienen nuestra misma perspectiva, y ver junto a ellos la vida con los ojos de la Tierra. Nuestra carne desconfía de los demás que no comparten nuestras perspectivas. Y rechaza a los que nos ven con los ojos del cielo como criaturas nuevas en Cristo porque estas dinámicas no comparten la narrativa de nuestra carne. ¿Pueden dos personas unidas por la carne, los ojos de la Tierra y el rechazo de los ojos del cielo vivir en el Espíritu?

Hebreos 12:2 nos enseña claramente que no debemos mirar a las personas o a las experiencias dolorosas con los ojos de la Tierra (la forma natural). *“Fijemos la mirada en Jesús, el iniciador y perfeccionador de nuestra fe, así pues: quien por el gozo que le esperaba, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza que ella significaba, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios”*. (NVI). A partir de este fragmento entendemos que el malestar causado por el dolor se calma cuando apartamos la mirada del reino natural en lugar de explorarlo plenamente y *hablar sobre nuestros problemas*.

Un entendimiento extenso de quiénes somos con los ojos de la Tierra no nos mostrará la verdad sobre quiénes somos en el plano de lo eterno. 2 Corintios 5:17 lo explica de la siguiente manera: *“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”* (NBLA).

Del mismo modo que la tergiversación de nuestra identidad nos hace perder la paz, explorar quiénes somos según la carne no nos deja experimentarla. ¿Debemos explorar a fondo todas las distorsiones que nos roban la paz antes de buscar la Verdad? Si el Espíritu de paz, nuestro árbitro, manifiesta lo que somos como seres espirituales, ¿no deberíamos encontrar primero la paz (no la que otorga el mundo) antes de interactuar entre nosotros?

Si no podemos calmar nuestros cerebros, para volver de las seis emociones desagradables a un estado de gracia y así sentirnos tranquilos en presencia de los demás, necesitaremos práctica. La práctica puede consistir en participar de situaciones en las que personas que son capaces de conservar la paz acuden en nuestra ayuda cuando nuestros cerebros están turbados. Hablar cuando aún estamos turbados con un cerebro más fuerte y tranquilo nos enseña a

encontrar la paz. Estas sesiones de práctica son como hacer que una grúa nos ayude a sacar nuestro coche de la zanja. Pero si, al cabo de diez años, contratamos una grúa para que lleve nuestro coche a todas partes, no estamos aprendiendo a conducir.

De la misma manera, si seguimos hablando sin paz y sin encontrar *primero* la paz del Espíritu, no estamos haciendo lo que Dios nos recomienda. Nuestras palabras deberían reflejar la sabiduría de lo alto, y Santiago 3:17-18 NBLA nos enseña que esta sabiduría debe ser pacífica. “*Pero la sabiduría de lo alto es primeramente pura, después pacífica, amable, condescendiente, llena de misericordia y de buenos frutos, sin vacilación, sin hipocresía. Y la semilla cuyo fruto es la justicia se siembra en paz por aquellos que hacen la paz*”. La sabiduría pacífica proviene de la visión espiritual y de vernos unos a otros con los ojos del cielo.

Para entender más sobre este tema, vamos a profundizar sobre las causas y los defectos de algunos enfoques específicos, y analizar si son eficaces a la hora de encontrar la paz de Dios y construir una comunidad espiritual de grupos pequeños.

Fallas a la hora de buscar nuestra paz en otros

El objetivo principal de *hablar sobre nuestros problemas* es alcanzar la paz haciendo que alguien entienda por qué estamos disgustados. Queremos hablar sobre lo que sentimos para que se valide o se justifique nuestra versión de la realidad. Esto muchas veces significa obtener la paz de la persona que me hizo sentir mal. Cuando *hablar sobre nuestros problemas* no nos hace sentir paz ni que somos comprendidos por la persona que nos ha lastimado, entonces recurrimos a nuestros aliados para encontrar la paz. Para sentir paz a través de mi grupo de aliados debemos profundizar en los detalles de quién me lastimó y por qué lo hizo.

Y en el proceso hablaremos sin paz, independientemente de a quién le compartamos sobre nuestro dolor. Nuestro dolor se extiende a otra persona: el oyente. Seguimos hablando hasta que el oyente comienza a compartir nuestro malestar, y esto nos hace sentir paz. Son expectativas un tanto contradictorias. Muchas veces no sentimos paz. Y a menudo los demás no ven las cosas como las percibe la persona que está herida o disgustada. Incluso cuando nos sentimos mejor después de *hablar sobre nuestros problemas*, la paz que recibimos no dura mucho ni resiste cuando vuelve a repetirse el mismo problema.

Dios es claro cuando nos dice que no intentemos obtener nuestra paz de otros, y que no hablemos si primero no nos sentimos en paz. Hablar sin paz es lo opuesto a lo que recomienda Colosenses 3:15, que nos dice que la paz debe ser el árbitro (*βραβεύω*) que indica que no debemos relacionarnos con los demás cuando no sentimos paz. Debemos hablar cuando tenemos paz. Y dejar de hablar cuando no tenemos paz. La terapia de *hablar sobre nuestros problemas* consiste en hablar cuando no tenemos paz. Solo estamos preparados para hablar sobre las cosas difíciles luego de que la paz de la perspectiva de Dios nos valide y nos haga sentir mejor.

Fallas a la hora de considerar la intranquilidad como algo bueno

Cuando la voluntad de Dios no se cumple en la Tierra sufrimos, la creación se lamenta y se siente dolor en el cielo. Aunque el teólogo popular Eric Clapton proclame que en el cielo no hay lágrimas, esto no es cierto. San Juan nos habla de su visita al cielo. *“Yo lloraba mucho, porque nadie había sido hallado digno de abrir el libro ni de mirar su contenido. Entonces uno de los ancianos me dijo: «No llores; mira, el León de la tribu de Judá, la Raíz de David, ha vencido para abrir el libro y sus siete sellos»”* (Apocalipsis 5; 4-5 NBLA).

Aunque estaba en el cielo, Juan veía cosas dolorosas con los ojos de la Tierra. Era necesario que un anciano le ayudara a ver las cosas con los ojos del cielo. Cuando Juan veía las cosas con los ojos de la Tierra se sentía angustiado e intranquilo. Pero cuando pudo ver la misma verdad dolorosa con los ojos del cielo, encontró paz, o *shalom*, incluso en su dolor. Cuando vemos el dolor con los ojos de la Tierra, este nos intranquiliza. Cuando lo vemos con los ojos del cielo, el dolor se convierte en *shalom*, y la intranquilidad desaparece. La paz no significa que sintamos menos dolor o que nos volvamos indiferentes a él.

La amígdala del cerebro tiene mucha influencia cuando usamos los ojos de la Tierra. Las personas que han sido ignoradas por familiares, amigos y comunidades con vínculos débiles (que no son conscientes de la importancia de relacionarnos con los demás), o que han experimentado un comportamiento abusivo por parte de familiares y vecinos, conocen de cerca cómo se ve la mirada impávida y fría de algunas personas. Es posible que algunas de estas personas frías sean sociópatas, mientras que otras simplemente tengan momentos de sociopatía, ya que quieren controlar a los niños, la familia y los amigos. En realidad son depredadores que permanecen

tranquilos y que operan en el modo enemigo inteligente. Si pudiéramos examinar a estos depredadores que permanecen tranquilos para evaluar el nivel de excitación fisiológica, su sistema nervioso parecería estar calmo e imperturbable. Sin embargo, la amígdala de la víctima no está en calma. La víctima percibe de forma correcta las reacciones impávidas del depredador ante su malestar y sufrimiento como indiferentes y malintencionadas. Como consecuencia, cuando otra persona luego se acerca a la víctima con una paz auténtica, la amígdala con los ojos de la Tierra entiende por error que “se avecina algo peligroso”. Nuestra amígdala y los ojos de la Tierra no pueden distinguir entre esta respuesta fría e indiferente a su dolor y la tranquilidad de *shalom*.¹

Desde la perspectiva de los ojos de la Tierra, si la gente es indiferente esto significa que en verdad no les importamos. La amígdala no puede distinguir entre alguien que se muestra interesado de forma tranquila y la aparente indiferencia emocional de los (simples o inteligentes) [estados del modo enemigo](#). Incluso Dios parece poco amoroso porque no se intranquiliza ni detiene inmediatamente el mundo para reaccionar ante las cosas que nos hieren. Para muchas personas que miran con los ojos de la Tierra, la paz de Dios (ver con los ojos del cielo) parece fría e indiferente a su dolor. Y llegan a la conclusión de que Dios no está interesado en ellos.

La amígdala considera el malestar de la gente como una buena señal cuando operamos con los ojos de la Tierra. Creemos que si alguien está molesto es porque le importamos. Esta reacción deja entrever una tercera forma del modo enemigo, el “modo enemigo estúpido”. Las personas que operan en modo enemigo estúpido se enojan mucho, muchas veces por cosas sin importancia. Entonces, encuentran aliados en otros que se enfadan por el mismo tipo de cosas. La gente intranquila tolera el modo enemigo estúpido. Y creen que compartir anécdotas dolorosas les puede servir como prueba para encontrar personas “más seguras”, es decir, aquellas que compartan la misma intranquilidad. Creen que la solución es interactuar con más intensidad y hacer que los demás también se molesten. El objetivo de los ojos de la Tierra ahora es “compartir” el dolor con personas que puedan molestarse por lo mismo. Y de esta manera *hablan*

¹ Para más información, consulta el texto [Escaping Enemy Mode: How Our Brains Unite or Divide Us](#) del Dr. Jim Wilder y Ray Woolridge.

sobre el problema juntos, compartiendo el malestar para responder a lo que la amígdala considera como “buena gente”.

Pero la prueba de intranquilizar a los demás tiene una gran desventaja a la hora de encontrar buenas personas. *Hablar sobre nuestros problemas* significa que debemos compartir nuestra falta de paz (con la perspectiva de los ojos de la Tierra) con los demás y exigirles que utilicen a cambio su perspectiva de los ojos de la Tierra. Entendemos esta falta de paz compartida como la forma de sentirnos queridos y comprendidos. Sin embargo, al cabo de un tiempo, las amígdalas de las personas que nos escuchan comenzarán a vernos como los “malos” y se sentirán atacadas por nuestro deseo de hacerlos sentir molestos. A la gente no le gusta sentirse mal. No les gusta que pongan a prueba su cuidado y su bienestar con la intención de causarles angustia. Las personas desarrollan defensas y una aversión hacia aquellos que les causan malestar. En lugar de crear un apego seguro y una identidad pacífica, esto crea un apego desorganizado.

Los ojos de la Tierra contaminan el apego entre personas buenas cuando transmiten el malestar, la angustia y el disgusto entre ellos. Cuando hablan sobre sus problemas se hacen sentir mal unos a los otros, y la persona que quiere ser comprendida transmite malestar en lugar de vida. Esto hace que nos sintamos menos alegres.

Con los ojos del cielo, las aguas tranquilas son profundas. Dios transmite *shalom* a la par del dolor porque se preocupa profundamente por nosotros y nos comprende. Para otros, puede parecer una fría indiferencia, pero Dios crea una comunidad transmitiendo su *shalom*, es decir, transmitiendo la paz. El apego nace cuando alguien comienza a importarnos tanto que no queremos alejarnos nunca, a pesar del malestar que podamos llegar a sentir.

Fallas a la hora de desarrollar la intimidad y el apego tras compartir heridas y dolor

En los círculos cristianos, a la hora de formar una comunidad espiritual, la gente suele conocerse mutuamente *hablando sobre sus problemas*. Llegamos a conocernos hablando de todo lo que sea posible sobre quiénes somos en el mundo natural. Esto funciona, pero hasta cierto punto.

Muchas veces la gente comparte lo que se conoce como “disparadores” después de sermones o de interactuar con otros. La gente busca a otras personas en las que pueda confiar para compartir con ellos algo que les molestó de alguna situación, sermones o intercambios interpersonales, incluso para compartir sus temores sobre cómo los pueden haber percibido los demás. Al hacerlo, muchas veces evocan dolores y heridas del pasado, que luego mencionan en conversaciones posteriores. Y a esta lista se le suman las heridas posibles que podemos imaginar. Luego, *hablamos sobre nuestros problemas* y abordamos estos pensamientos perturbadores con amigos. Cuando compartimos las heridas que llevamos en la carne esto hace que se conviertan en la base de nuestras relaciones más íntimas en una comunidad espiritual.

Sin embargo, en muchas situaciones, compartir nuestras experiencias dolorosas no deja que la nube de testigos que nos rodea vea quiénes somos en verdad. Esta nube de testigos espirituales que nos rodea nos ve con claridad y comprende nuestra verdadera identidad. La verdadera identidad no se encuentra en lo que hemos sido hasta ahora ni en las cosas que nos han hecho daño. “¿Como serías si nos encontráramos en el cielo?”, pregunta el teólogo Clapton. *Hablar sobre nuestros problemas* y sobre cómo las heridas de nuestro pasado afectaron nuestra identidad no es el camino hacia la vida en el Espíritu.

En Hebreos 12:1-2a encontramos una serie de instrucciones específicas para desechar, o echar a un lado, todo lo que nos estorba y enmaraña nuestros pensamientos. Nos advierte del peligro de compartir una recopilación de nuestros recuerdos dolorosos. Una de las traducciones de estos versículos nos indica que “*debemos deshacernos de todas las puntas de flecha en nosotros. . . Ya que la consecuencia es llevar dentro una punta de flecha, una herida que nos pesa y nos impide correr la carrera con libertad*”.

En lugar de echar a un lado estos recuerdos, hacemos una colección de nuestras heridas. Sin embargo, el pasaje dice claramente lo siguiente: “Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante. puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (Hebreos 12:1-2 Reina Valera).

Esta imagen de la Biblia nos explica que Jesús “soportó la agonía de la cruz y venció su humillación”. La nube de testigos también ha experimentado dolor en su vida, y tiene una perspectiva nueva. Lo hicieron apartando la mirada del reino natural y desechando las heridas que los atravesaban. Estas puntas de flecha antiguas e incrustadas en nuestro cuerpo dejan heridas ulcerantes junto con el pecado que nos turba fácilmente, nos pesa, y agota nuestra capacidad de vida y alegría. Dejar de enfocarnos en estas experiencias no significa negar la herida o el dolor, como veremos más adelante.

Entonces, ¿es posible construir una comunidad espiritual (y la capacidad de permanecer conectados con Dios y con los demás) recopilando y compartiendo todas las heridas que nos perturban en nuestra vida cotidiana? Cuando *hablamos sobre nuestros problemas* sin primero experimentar paz construimos relaciones dolorosas en torno a las identidades falsas de todos en lugar de usar nuestros ojos espirituales para ver a Dios y la gran nube de testigos.

El momento en el que más se pueden percibir las fallas de este enfoque es cuando necesitamos sentirnos especiales. Ser visto como especial es lo que el lenguaje bíblico entiende como recibir “gracia”. Podemos buscar ser especiales con los ojos de la Tierra o con los ojos del cielo. Y tendremos una percepción muy diferente de quiénes somos según la mirada que adoptemos.

Hay una tendencia entre los jóvenes cristianos a identificarse plenamente con sus heridas, y considerar que ese dolor es su verdadero yo. Cuando ocurre esto, la identidad sangrante de las personas se siente invalidada ante la posibilidad de sentir paz. Con los ojos de la Tierra, se aferran aún más esta imagen. Y con las heridas a flor de piel, buscan recibir compasión en un mundo en el que reina el modo de enemigo. Desafortunadamente, las comunidades que construyen son frágiles como sus identidades heridas. Y sin los ojos del cielo, consideran que la mejor opción es compartir la angustia con otros.

Fallas a la hora de ocultar nuestras identidades en un pecado recurrente para construir una comunidad espiritual

Nuestra percepción de la realidad está sesgada por todas las heridas y el dolor que experimentamos, ya sean consecuencia de nuestro pecado o del de otra persona. Satanás está

detrás de algunas cosas que hacen daño en la vida de todas las personas. ¿Cuáles son esos pecados que nos hieren con tanta facilidad, y nos impiden ser libres y resilientes? En lugar de centrarnos en lo que está mal y hablar sobre las cosas que nos han lastimado, debemos mirar a Jesús para encontrar la paz. Con los ojos celestiales, Jesús y su nube de testigos ven con claridad cómo sigue creciendo nuestro pecado.

Cuando nuestras relaciones están basadas en mirar las heridas con los ojos de la Tierra, esto hace que nos quedemos atrapados en el pecado y el dolor. Cuando usamos nuestros ojos terrenales, propagamos la infección de la obra del enemigo a todos los demás. Las heridas se “infectan”; es decir, cada vez se pierde más la paz, la alegría y el amor de apego en la comunidad. Y ahora mencionaremos algunos de estos pecados.

- **Valorar la poca alegría en lugar de aborrecer la vergüenza:** Cuando Jesús estaba sufriendo decidió centrarse en el valor de las relaciones y en la alegría que había ante Él. Cuando nos centramos en las percepciones terrenales que disminuyen nuestra alegría, le otorgamos mucho valor al malestar. Cuando solo vemos con los ojos de la Tierra, nos turbamos. Sí, es muy doloroso. Esto no significa que Jesús no haya sufrido cuando lo traicionaron, y murió en la cruz. ¿Pero Jesús estaba turbado o tranquilo? Al permitir que la paz sea nuestro árbitro y adoptar la mirada del cielo, transmitimos paz en lugar de propagar el malestar del dolor que nos hace sentir menos alegría.
- **Sentir falta de perdón:** Los ojos de la Tierra no perdonan porque insisten en que el culpable (tal como lo vemos nosotros) es el responsable de nuestro dolor. Los ojos del cielo comprenden que los que nos hacen daño no han aceptado su verdadero yo. Jesús señala que si juzgamos a los demás con los ojos de la Tierra, Dios nos juzgará de la misma manera. Mateo 7:2 NBLA dice lo siguiente: *“Porque con el juicio con que ustedes juzguen, serán juzgados; y con la medida con que midan, se les medirá”*. Y Mateo 6:15 nos dice que si no perdonamos a los hombres, tampoco nuestro Padre perdonará nuestras transgresiones.
- **Sentir amargura:** Cuando vemos a los demás con los ojos de la Tierra no podemos perdonar y sentimos amargura cuando experimentamos heridas similares. ¿Y esta

amargura permanece en nosotros? Pedro dice lo siguiente en Hechos 8:23 NBLA:

“Porque veo que estás en hiel de amargura y en cadena de iniquidad”. Esta maldad de la que habla Pedro hace referencia a las heridas por las puntas de flecha que permitimos que permanezcan incrustadas en nuestra carne. ¿Es posible que la amargura sea el motor de nuestras conversaciones? Pablo dice lo siguiente en Romanos 3:14 NBLA: *“llena está su boca de maldición y amargura”*. Pablo no le recomienda a la Iglesia que *hable sobre los problemas*, sino que le dice lo siguiente a los efesios: *“Sea quitada de ustedes toda amargura, enojo, ira, gritos, insultos, así como toda malicia”* (Efesios 4:31 NBLA).

Estas heridas y los pecados subsiguientes se perpetúan en aquellos que no miran con los ojos del cielo. Este tipo de pecado no solo sigue hiriéndonos, sino que también hiera a los demás cuando hablamos sin paz. Además, Hebreos 12:15 NBLA nos recomienda lo siguiente: *“Cuidense de que nadie deje de alcanzar la gracia de Dios; de que ninguna raíz de amargura, brotando, cause dificultades y por ella muchos sean contaminados”*.

- **Sentirnos inferiores (malgastar la gracia):** Degradarnos a nosotros mismos y a los demás es lo opuesto a la gracia. En lugar de sentirnos especiales, nos sentimos incluso menos valiosos que antes. *Hablar sobre* las veces en que sentimos que otras personas nos han hecho sentir inferiores, o hablar sobre todos los defectos de los demás hace que nos sintamos inferiores, y opaca nuestro verdadero yo. Cuando nos encontramos turbados y sin paz, pierde importancia quiénes son los demás con los ojos del cielo, y también quiénes somos nosotros. No es posible construir una comunidad espiritual *hablando sobre nuestros problemas* cuando nos degradamos a nosotros mismos o a los demás.
- **Pensar en modo enemigo:** El pensamiento en modo enemigo siempre deriva de una mirada terrenal, y se transmite con facilidad. Una mente en modo enemigo no puede ver de forma correcta a los demás ni entender sus motivos. Este tipo de pensamiento crea “bandos”, y al mismo tiempo hace que presionemos a los demás para que se pongan de nuestro lado. El pensamiento en modo enemigo siempre quiere tener razón y ataca o evita a los demás. Nunca procede de sentir *shalom/paz*, sino que imita el sentimiento de paz

mediante la indiferencia y la frialdad. *Hablar de nuestros pensamientos* en modo enemigo no es la forma de construir una comunidad espiritual.

- **Autojustificarse:** La carne (y los ojos de Tierra) busca justificarse. Los ojos del cielo no consideran posible ninguna forma de autojustificación humana. No podemos construir una comunidad espiritual *hablando sobre* nuestros justificativos humanos.
- **En Tito 2:3, Pablo dice que evitemos convertirnos en acusadores. La palabra utilizada para “acusadores” se traduce como demonios. Nos convertimos en demonios (διάβολος *diábolos*):** Cuando hablamos sin paz, compartimos la percepción de nuestros ojos terrenales, y lo llamamos *hablar* sobre un problema. Los ojos terrenales son producto de la obra del diablo, y forjan nuestras percepciones a partir de todos los ataques que sufrimos y las heridas que Satanás nos inflige. Cuando nos aferramos a estas percepciones sin encontrar paz, le damos a Satanás acceso oculto a nuestras mentes y percepciones. Es decir, hablar *a partir de* nuestros sentimientos de malestar cuando estamos perturbados invita al reino de Satanás a crear nuestra realidad. Cuando no miramos con ojos del cielo, echamos por tierra cualquier esperanza de construir una comunidad espiritual.
- **Un espíritu u otro, ya sea Satanás y los ojos de la Tierra o el Espíritu Santo y los ojos del cielo, interpretará nuestro dolor.** La Biblia ordena estrictamente lo uno y prohíbe lo otro. La diferencia entre ambos es evidente. Dejar que una identidad basada en nuestras heridas se apodere de nosotros nos hace incurrir en pecados que invitan al reino de Satanás a traernos comprensión, verdad y paz. Nuestra cultura nos alienta a hablar cuando nos sentimos mal, y esperamos que nuestros afectos se alteren con nosotros. Además, creemos que comprender la perspectiva y los sentimientos de los demás es la manera de formar vínculos, amistades, comunidades y sentir compañerismo espiritual. ¿Debemos seguir compartiendo nuestros sentimientos y creando lazos de esta manera?

Negar las heridas para fingir paz

Realmente no tiene sentido negar o intentar deshacerse de las heridas alegando que no ocurrieron, que no fueron tan graves o que no nos dolieron, ni adoptar cualquier otro método para negar el mundo natural. La negación deja entrever una actitud de “no fue para tanto”. Lo que ocurrió en el mundo natural ocurrió y dolió. A veces el dolor aumenta por nuestras propias percepciones erróneas. Para experimentar paz sobre el dolor y las heridas primero debemos mirar con claridad el mundo espiritual. La perspectiva del mundo espiritual no puede imaginarse ni inventarse *hablando sobre* lo que nos duele.

Y ahora nos dirigimos a los voluntarios: gran parte de la enseñanza evangélica está basada en la idea de que la voluntad humana es el centro de todas las actividades y los cambios espirituales. De esta manera, los evangélicos están dispuestos a escuchar que “tomar las decisiones correctas” es la solución para enfrentar cualquier cosa que les moleste. Sin embargo, no basta con tratar de apropiarnos de la paz, la gracia, la verdad e intentar que crezca la comunidad espiritual mediante las decisiones correctas cuando nuestras almas están heridas. La mejor decisión es buscar los ojos del cielo.

Ver a los demás según la carne nos ayuda a construir una comunidad espiritual

“Y no se adapten a este mundo. Sino transfórmense mediante la renovación de su mente, para que verifiquen cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno y aceptable y perfecto” (Romanos 12:2-3 NBLA).

Compartir nuestra historia dolorosa según los ojos y las reacciones del reino natural pone de manifiesto las debilidades de la carne. Los grupos de terapia comparten estas heridas y debilidades para ayudar a las personas a desarrollar la autoconciencia, la compasión y la empatía, y a mejorar ciertos aspectos de sus identidades del reino natural. La terapia no carece de valor. Sin embargo, no nos queda más remedio que preguntarnos por qué la Biblia básicamente prohíbe este enfoque como forma de construir comunión para nuestras identidades eternas. Los cristianos seguimos utilizando los patrones de nuestra cultura para construir comunidades espirituales. Quizá no hayamos conocido otro enfoque mejor que *realmente* funcione.

¿Es posible adentrarnos en el reino espiritual y encontrar algo que nos traiga paz?
¿Realmente es posible intercambiar nuestra angustia asociada a las heridas por paz? ¿Realmente es posible ver a la persona nueva que Dios está creando en otro y desarrollar un vínculo con ella?
¿O nuestros apegos siempre estarán arraigados a lo que ven nuestros ojos terrenales en nosotros mismos y en los demás? ¿Y qué ocurre con el yo físico y el cerebro cuando queremos vivir en el Espíritu?

La respuesta está en la palabra *shalom*. La paz *shalom* representa la armonía de todas las cosas. Pablo describe a *shalom* en el Espíritu de la siguiente manera:

“Él dio a algunos el ser apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y maestros, a fin de capacitar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo; hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del pleno conocimiento del Hijo de Dios, a la condición de un hombre maduro, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”

(Efesios 4:11-13 NBLA).

Nuestro cerebro, cuerpo e identidad naturales fueron diseñados para sentir *shalom* bajo el poder y la vida en el Espíritu. Esto es algo que la mente natural debe aprender. Las reglas de este mundo son artificiales. No debemos permitir que sus distorsiones definan quiénes somos o dicten la forma en que interactuamos con los demás. Para esto es necesario que apliquemos la perspectiva del cielo en lugar del enfoque basado en *hablar sobre los problemas*. De esta manera, quiénes somos realmente y cómo entendemos las cosas se convertirían en la mayor bendición de nuestras vidas.

Abrir paso en la niebla

La mayoría de los grupos pequeños que optan por cualquiera de estos métodos equivocados están confundidos sobre la gracia. Asumen que los métodos que han estado

utilizando son bíblicos. Es fácil encontrar versículos bíblicos que justifiquen esta teoría. Algunos ejemplos son los siguientes:

- “Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras” (1 Tesalonicenses 4:18).
- “Gozaos con los que se gozan; llorad con los que lloran” (Romanos 12:15).
- “Mirad que ninguno devuelva a otro mal por mal, sino seguid lo bueno siempre los unos para con los otros, y para con todos” (1 Tesalonicenses 5:14).

Pablo reconocía que esta dinámica era crucial en las relaciones entre cristianos. A primera vista, no tiene absolutamente nada de malo. El problema no está en estos versículos, sino en dos falsos supuestos que subyacen a su uso en los grupos pequeños. Y los mencionamos a continuación:

En primer lugar, luego de una lectura atenta podemos dilucidar que las cartas de Pablo suelen comenzar con frases que ratifican la realidad de la obra de Dios en nuestras vidas y la identidad nueva que tenemos en Cristo. Con los versículos que mencionamos anteriormente, Pablo buscaba asegurarle a los cristianos de que son personas nuevas en Cristo, que fueron redimidas y que se vinculan por medio de Dios. En otras palabras, las instrucciones están impartidas para aquellos que reconocen su *verdadera* identidad en Cristo, no a quienes se miran unos a otros con ojos terrenales y distorsionados.

Las palabras de Pablo establecen un patrón claro y ordenado: la conexión con Dios, Su obra en nuestras vidas y la identidad en Cristo funcionan como una base de instrucciones sobre cómo debemos relacionarnos cuando estamos juntos. Los grupos que intentan “hablar sobre los problemas” para “encontrar la paz” ¡están aplicando los mandamientos de Pablo a destiempo! Estos enfoques utilizan las palabras de Pablo sin reconocer la obra y la identidad de Dios.

En segundo lugar, “hablar sobre los problemas” no reconoce la identidad que Dios nos ha dado. Ambos enfoques asumen que lo más importante de nosotros es el dolor, los problemas, las dificultades de la vida y la necesidad de encontrar la paz a través de los demás. Y así volvemos sobre lo mismo. Es como si viéramos, y nos relacionáramos con, distorsiones de nosotros

mismos y de los demás como representaciones exactas de nuestra identidad. Como consecuencia, se distorsiona la forma en que vemos nuestras necesidades y las de los demás.

La gracia como piedra angular²

La palabra gracia existía cientos de años antes de que Pablo la utilizara en sus epístolas. La gracia es un término relacional que implica una conexión continua y mutua entre las personas. Históricamente, cuando una persona importante enviaba un regalo a otra, esto representaba el inicio de una relación. Al regalo se le llamaba “gracia”, y era una gran señal de favor. La persona que recibía el regalo entendía la intención relacional que había detrás de la “gracia”. Aceptar la gracia significaba que la persona que la recibía aceptaba tener una relación continua con la persona que la enviaba. Esta persona consideraba que el destinatario de la gracia era alguien especial. En la actualidad, la gracia significa que somos la persona favorita de alguien, y que somos muy especiales para ella.

Muchos cristianos relacionan acertadamente la gracia con la salvación porque el don gratuito de la gracia de Dios nos redime (Romanos 3:34). Sin embargo, la gracia es mucho más que la salvación. Pablo reza para que la gracia se multiplique y explica el gran poder que tuvo la gracia en su ministerio. Pedro nos anima a crecer en la gracia.

La gracia es mucho más que una teoría o una puerta a la salvación.

Con ojos del cielo, Dios nos ve como su hija o su hijo favorito y único, y nos permite experimentar Su gracia. Vivir en gracia significa que podemos responder a Su invitación a interactuar con Él todo el tiempo. De esta manera, vemos constantemente nuestra valía y nuestro valor eternos reflejados a través de los ojos, la voz y el entendimiento de Dios. Él nos ve de manera muy diferente a como nos vemos a nosotros mismos. Este apego lleno de gracia cambia la forma que tenemos de ver a Dios, a nosotros mismos y a los demás. Como consecuencia, nuestra identidad, la persona que entendemos que somos, también cambia. Tú y yo crecemos en una identidad arraigada en la gracia a medida que nos convertimos en la persona que Dios creó y quiso que fuéramos.

² Puedes aprender más sobre la gracia con el libro *Becoming a Face of grace: Navigating Lasting Relationships with God and Others*, o con el libro de John Barclay *Paul and the Gift*.

Reuniones llenas de gracia

La alegría y la maravilla de ser la hija o el hijo favorito de Dios hacen que valoremos otro tipo de cosas. El río de gracia hace que veamos a los otros de una forma diferente a como lo haríamos con los ojos de la Tierra. Y cuando nos relacionamos con ellos los amamos y los vemos como lo haría Dios. En lugar de reaccionar ante los defectos, las imperfecciones y los comportamientos de ellos que nos molestan, tenemos la oportunidad de descubrir el corazón de una persona amada por Dios. Lo más importante de ellos no es su dolor, su angustia, su indiferencia o su narcisismo. Es su corazón: aprender a verlos y a relacionarse con ellos como lo haría Dios. Compartimos con ellos el tesoro de la gracia de Dios, y esto conlleva un cambio en nuestra forma de ver, oír, hablar y actuar.

Los grupos arraigados en la gracia no pierden el tiempo intentando encontrar la paz *hablando sobre los problemas*. No consideran que el dolor interminable, las heridas, los malentendidos y las discusiones son muy importantes a la hora de resolver problemas. Las reuniones llenas de gracia se centran en experimentar, recibir, compartir y reflejar juntos la gracia de Dios. Estar juntos es una oportunidad para unirse a Dios mientras Él se manifiesta al grupo. La reunión nos da tiempo, individual y grupal, para convertirnos en los ojos, los oídos y las manos de Dios para que “nos edifiquemos en su santísima fe, orando en el Espíritu Santo” (Judas 1:20). Estar juntos significa conectar con la presencia y la gracia de Dios, de modo que seamos cada vez más parecidos a Él (Romanos 8:29).

Se trata de un proceso auténtico, y no de “fingir” hasta transformarnos por ósmosis. Decirnos a nosotros mismos cómo “deberíamos” ver a los demás para ser “buenos cristianos” es frustrante e infructuoso. Es igual de inútil que nos digan cuál sería la perspectiva celestial de Dios. Una transformación auténtica solo es posible cuando nos encontramos con Dios y compartimos juntos la mirada del cielo. Compartir estos momentos multiplica la gracia y el *shalom*.

De esta manera, todo el grupo sigue profundizando en lo que más importa, es decir, en experimentar la presencia y la gracia de Dios para que podamos reflejarla entre nosotros y

compartirla con el mundo. Aquí van algunas preguntas importantes que diseñamos para descubrir el tesoro en esta comunidad de grupos pequeños:

- ¿Queremos vincularnos con otros para madurar espiritualmente en el Señor, o queremos compartir nuestro dolor y nuestros momentos de angustia para ganar la empatía y la aprobación de los demás?
- ¿Es nuestra vulnerabilidad una expresión de humildad en la búsqueda de sumirnos más en la gracia, o es una forma de demostrarle al grupo que somos productivos, y así reforzar nuestro avatar?
- ¿Buscamos la paz de Dios o simplemente intentamos minimizar el dolor?
- ¿Nos preocupamos de verdad por los demás, o nos dedicamos a rescates codependientes de avatares desesperados?
- ¿El objetivo del grupo es sentirnos mejor con nosotros mismos o descubrir la profundidad sinfín de la presencia y la gracia de Dios?
- ¿El tesoro que buscamos está en el plano de lo eterno, o es la búsqueda inútil de las 4 B y de un avatar funcional?

Implicaciones a la hora de diseñar grupos pequeños transformativos

Estas preguntas desafiantes llegan a lo más profundo de nuestras interacciones con los demás. El miedo, las 4 B y los avatares forman parte de nuestra “carne” y son aspectos nefastos de la condición humana. Lucharemos contra ellos hasta el momento en que veamos a Jesús cara a cara, nuestra identidad se manifieste por completo y seamos “como Él” (I Juan 3:2). Hasta entonces, el miedo y sus consecuencias forman parte de la vida.

Nuestras reuniones pueden ser transformadoras cuando adoptamos una dinámica que nos permita lo siguiente:

- tener encuentros personales con la gracia de Dios cuando estamos juntos;

- dejar que Su gracia cambie la forma en que vemos a Dios y a nosotros mismos;
- ayudarnos a ver a los demás con los ojos de gracia de Dios e interactuar con los otros como lo haría Él.

Identidad y transformación

Los seguidores de Jesús están en proceso de ser transformados a la imagen de Jesús. Nacemos con una identidad completamente nueva desde el momento en que lo aceptamos como Salvador. Él sabe que nuestra identidad previa está viciada por las 4 B y los avatares que nosotros creamos. En lugar de intentar arreglar esta identidad falsa, Dios nos da una identidad totalmente nueva enraizada en Su vida y Su imagen. Además, Dios es fiel y nos acompaña en el proceso de parecernos cada vez más a Jesús, que es mucho más increíble de lo que podemos pensar, ver o imaginar. Él promete que todas las cosas nos ayudarán para bien en Romanos 8:28-29: *“Y sabemos que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan para bien, esto es, para los que son llamados conforme a Su propósito. Porque a los que de antemano conoció, también los predestinó a ser hechos conforme a la imagen de Su Hijo, para que Él sea el primogénito entre muchos hermanos”* (NBLA).

Dios no hace que todas las cosas nos ayuden para bien solo para que tengamos todo lo que deseamos. Su propósito es mucho más trascendental que eso. Él promete que todas las cosas nos ayudarán para bien *¡para transformarnos en la perfecta imagen de Jesús!* A continuación mencionamos algunas de las implicaciones: Dios utiliza los problemas, el dolor, el sufrimiento y las dificultades que afrontamos para ayudarnos a adoptar por completo la identidad que Dios nos ha dado. ¡Esos mismos problemas son los que Él utiliza para ayudarnos a parecernos cada vez más a la imagen de Su Hijo! ¿Nuestra necesidad primordial debería ser resolver estos problemas? Según estos versículos, la respuesta es: “¡No!” Nuestra necesidad primordial es descubrir a Dios y quiénes somos cuando atravesamos estas pruebas.

Encontrar nuestra identidad real en Cristo es un proceso misterioso. Como escribe Juan: *“Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que habremos de ser. Pero sabemos que cuando Cristo se manifieste, seremos semejantes a Él, porque lo veremos como Él*

es” (1 Juan 3:2 NBLA). Aún no está claro en quiénes nos estamos convirtiendo, y la plenitud de nuestra identidad no estará completa hasta que nos encontremos con Jesús. Del mismo modo, tampoco está claro en quiénes se están convirtiendo los demás. Somos un misterio diseñado por el Espíritu de Dios, que nos crea a la imagen de Jesús. *“El viento sopla por donde quiere, y oyes su sonido, pero no sabes de dónde viene ni adónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”* (Juan 3:8 NBLA).

Cuando empezamos a ver con los ojos de Dios y reconocemos la importancia de transformar nuestra identidad, cambia la naturaleza de las interacciones que mantenemos con los demás. Somos comprensivos con el dolor y el sufrimiento, pero los vemos en el contexto de un panorama mucho más amplio: el proceso de ser transformados a la imagen del Hijo de Dios. En este contexto, la tranquilidad no es sinónimo de aliviar el dolor. Por el contrario, se trata de ayudar a las personas a ver las situaciones, verse a sí mismas y a los demás desde la perspectiva de Dios en medio de las dificultades. Y con esta comprensión de nuestra identidad en mente, podemos poner en práctica recomendaciones bíblicas como “consolarnos unos a otros” o “ayudar a los débiles”. En la práctica, ¿cómo avanzamos juntos hacia la transformación?

Buscar las cosas de arriba

Colosenses 3:1-2 nos exhorta a lo siguiente: *“Ya que han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios. Concentren su atención en las cosas de arriba, no en las de la tierra”* (NVI).

Independientemente de cómo esté estructurado un grupo centrado en Cristo y de cuál sea su propósito, su motor y sus actividades deben ser coherentes con los mandamientos de Pablo. Cuando nos dice que “centremos nuestro corazón en las cosas de arriba”, la palabra “corazón” se traduce como *“afectos”* en la versión Reina Valera. Al poner la mira de nuestros afectos en “las cosas de arriba”, Pablo nos instruye lo siguiente: *“Pongan la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra”*. (Colosenses 3:2 NBLA).

Pablo continúa con su razonamiento en los versículos 3:3-4: *“Pues ustedes ya han muerto para el mundo, y ahora, por medio de Cristo, Dios les ha dado la vida verdadera. ¡Cuando*

Cristo venga, también ustedes estarán con él y compartirán su gloriosa presencia!” Los grupos sanos de seguidores de Cristo reconocen que son creaciones nuevas en Cristo. A medida que centramos nuestra atención en relacionarnos más con Él, también descubrimos la persona única que Él diseñó y el propósito para el que nos creó.

Consideraciones adicionales

Admitamos que no todos los grupos pequeños son iguales. Algunos están diseñados para personas que no han aprendido a gestionar las emociones de forma sana y relacional. Es posible que otros estén iniciando un proceso para recuperarse de un trauma importante o de una adicción. Y otros pueden estar experimentando una gran crisis. Aunque es posible que para algunos miembros de estos grupos sea importante hablar sobre los problemas, debemos organizar estas conversaciones y liderarlas para hacer énfasis en las soluciones, y no en la interminable repetición de las crisis y las emociones dolorosas.

También es muy útil ofrecer clases en las que se enseñe la oración de Emmanuel. En estas clases, los alumnos aprenden a hablar con Dios sobre los problemas de la vida cotidiana. A medida que practican, su conexión con Jesús se hace más fuerte. Los alumnos aprenden entonces a interactuar con Él sobre aspectos cada vez más difíciles de la vida. Descubren cómo compartir con Él el dolor y las emociones intensas, y a encontrar la paz en Él.

Además, hay otros recursos disponibles para organizar y mantener grupos pequeños saludables.

Recursos para crear grupos pequeños transformadores

Una vez explicadas las prácticas, las fallas y los peligros de *hablar sobre los problemas para encontrar la “paz”*, centrémonos en los recursos que pueden ayudarnos. Estos materiales fomentan el desarrollo de vínculos sanos, llenos de gracia, alegría y amor en entornos de grupos pequeños. En estas comunidades espirituales se forman identidades sanas y se experimenta una transformación que puede mantenerse en el tiempo. Juntos, los seguidores de Jesús pueden practicar y compartir la presencia, la gracia, el amor y la paz de Dios.

[*Becoming a Face of Grace: Navigating Lasting Relationships with God and Others*](#) (versión impresa y para Kindle, [y *pódcast relacionados*](#)).

Este libro es una guía para que personas y grupos pequeños conozcan las realidades de una vida impulsada por la gracia de Dios y llena de Su presencia. Explica la conexión entre la gracia, los vínculos sanos con Dios y con los demás, y el desarrollo de una identidad individual y grupal llena de gracia. Cada capítulo del libro incluye actividades para realizar en grupos pequeños para ayudarlos a experimentar y compartir la gracia. Se trata de un recurso excelente para grupos que hace poco comenzaron a reunirse, y está disponible en versión impresa y para Kindle.

[*Beyond Becoming: A Field Guide to Sustainable, Transformational, Communities*](#) (versión impresa y para Kindle, [y *guías de trabajo Beyond Becoming*](#)).

Las guías de trabajo *Beyond Becoming* incluyen un plan de trabajo para grupos pequeños que estén interesados en la transformación. El libro explica los conceptos bíblicos y la organización recomendada para desarrollar grupos pequeños. También enumera actividades para ayudar a los miembros a experimentar y compartir la presencia y la gracia de Dios. Este libro está disponible en versión impresa y para Kindle, y brinda una base para el desarrollo de grupos cuyos miembros hayan completado el estudio *Becoming a Face of Grace*.

[*The Weight of Leadership: How Codependency and Misplaced Mercy Undermine Life and Ministry*](#). (Versión impresa y para Kindle, [y *pódcast relacionados*](#)).

Este libro es ideal para cualquier tipo de líderes que busquen iniciarse en enfoques basados en la gracia, incluso para aquellos líderes que facilitan grupos pequeños. *The Weight of Leadership* puede ayudar a los líderes de grupos pequeños a evitar comportamientos codependientes y misiones de rescate equivocadas que destruyan los grupos pequeños. También ayuda a los líderes a aprender a guiar el grupo desde un lugar de gracia, paz y descanso. Está disponible en versión impresa y para Kindle.

[*The Pandora Problem*](#) (y [guía de acompañamiento para grupo de estudio](#))

Este libro explica cómo es posible crear una identidad de grupo cristiana que no busque justificarse ni viva de las apariencias desde un punto de vista espiritual, además de abordar el desarrollo y el funcionamiento del cerebro. La guía de acompañamiento incluye material para semanas de estudio sobre los conceptos, y series de ejercicios para que los grupos practiquen y aprenden quiénes somos a los ojos de Dios.

[*Escaping Enemy Mode*](#) (y [guía de estudio gratuita en PDF y pódcast](#))

Este libro, la guía de estudio gratuita disponible para descargar y los pódcast (Moody Press) describen cómo creamos avatares de nosotros mismos del tipo “como si” para parecer mejores, obtener lo que queremos y mejorar nuestra posición con nuestros ojos. Pretendemos ser más poderosos y mejores de lo que somos cuando nos sentimos amenazados por personas que quizás no estén de nuestro lado. Este libro explica detalladamente cómo podemos ayudarnos a nosotros mismos y a los demás a escapar del modo enemigo de pensar y a convertirnos en nuestra mejor versión, además de formas de aprender y practicar.

[*La otra mitad del discipulado*](#) (y [pódcast](#))

Este libro y los pódcast de apoyo que ofrece Moody Press se han convertido en los pódcast más descargados de la editorial. Este libro esboza los cinco nutrientes relacionales que toda iglesia necesita para transformar el carácter de sus miembros.

[*The Life Model: Living from the Heart Jesus Gave You*](#)

Este libro incluye una guía de debate sobre los cinco aspectos necesarios para prosperar. Además, incluye ejercicios semanales para ayudarnos a evitar las motivaciones del miedo a través del amor y centrándonos en la mente de Dios en lugar de buscar una solución nosotros mismos.